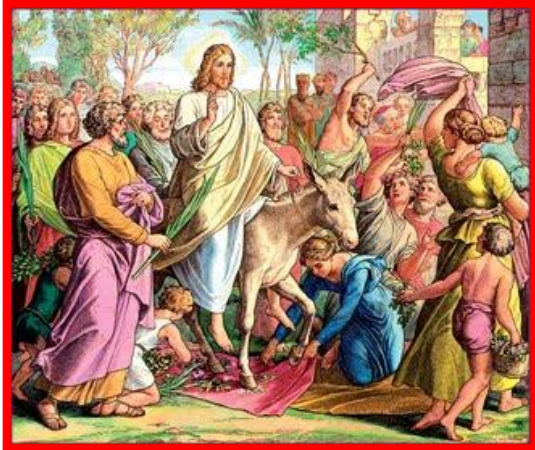


Domingo de Ramos, ciclo A

· Mt 26, 14- 27, 66 ·



CON UN CORAZÓN ATENTO CELEBREMOS EL MISTERIO DE CRISTO

Con la solemne celebración de este domingo en que se bendicen los ramos para aclamar a Jesús como Mesías, tal y como lo hicieron los israelitas en Jerusalén, inicia la Semana Santa. Hemos recorrido el camino de la cuaresma con un solo fin: preparar el corazón para la celebración del más grande misterio de fe que cristianos

poseemos: El misterio de la pasión-muerte y resurrección del Señor Jesús. Este domingo es -por decirlo- así la puerta de entrada de la celebración de estos santos misterios que más que conmemorativos, son determinantes y actuales en la vida de fe de la Iglesia, a lo largo de los siglos. Y es que la acción redentora de Cristo que meditaremos durante estos días en las celebraciones litúrgicas, es una acción tan eficaz que vale para la salvación de los hombres de fe de todos los tiempos.

Hoy unimos nuestras voces a la de la muchedumbre israelita para aclamar a Jesús como el Mesías esperado por siglos. Nuestra aclamación debe estar impregnada del fervor de los que esperan la liberación en sus vidas. Porque sólo quien reconoce a Jesús como el enviado del Padre para liberarnos de las ataduras del pecado y de la muerte puede aclamarlo con la voz y el corazón, es más, con la vida entera como Redentor, Rey y Señor. Mantener viva la voz de esta aclamación solo es posible, si nos mantenemos atentos a la contemplación con ojos de fe del misterio de su amor manifestado en su entrega hasta la muerte por nuestra salvación.

La entrada mesiánica de Jesús a Jerusalén es el primer paso que el Señor da, en su pasión, que no es otra cosa que camino de entrega incondicional a la voluntad del Padre. Después de este gesto tan especial y lleno de simbolismo, la vida de Jesús no puede ser igual, de ahora en adelante todo se convertirá en confrontación directa con el reino del pecado presente en el mundo, de esta manera Jesús se prepara para los momentos más tensos en su ministerio que lo conducirán irremediabilmente a la entrega total en el calvario.

El relato de la pasión del Señor Jesús, narrado en el evangelio de san Mateo, que este domingo se proclama en toda la Iglesia es camino de luz en medio de la oscuridad del pecado del hombre. La luz de este camino de dolor y muerte, es el inmenso amor que el Señor Jesús tiene a Dios Padre, y a su voluntad de salvar al hombre, manifestado en una obediencia incondicional, tal y como lo expresa cuando dice: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero que no se haga como Yo quiero, sino como quieres Tú». Es también

incondicional amor de Jesús, que desde la cruz ilumina a la humanidad entera, a todo hombre y mujer que en el mundo esperan el cumplimiento de las promesas de Dios.

El camino de la cruz que Jesús experimenta para nuestra salvación, debe ser en el momento actual fuente de fuerza y esperanza para tantas personas que se encuentran atrapadas en realidades de no poco sufrimiento e injusticia. La persecución sin razón de cristianos en el mundo, es todavía hoy una realidad; la opresión de gobiernos totalitarios contra los habitantes de naciones supuestamente democráticas, aumenta el número de personas que se debaten en una realidad marcada por la violencia institucionalizada, la escasez y la falta de libertad; de igual manera la criminalidad reduce la calidad de vida de muchísimas personas que viven cotidianamente el azote de la violencia y el miedo. La cruz de Cristo se levanta solidaria ante este rostro maltrecho de la humanidad violentada. Quien tiene fe no puede cerrar los ojos ante estas realidades que minan la vida de sus hermanos, no se puede simplemente ignorar todo esto so pretexto de vivir avocados a una existencia religiosamente vivida, pero sin una verdadera conexión con las experiencias contemporáneas de cruz y sufrimiento.

El momento actual no es propicio para una vivencia de fe, separada e indiferente ante el sufrimiento de los más débiles, sino al contrario, la experiencia de una viva fe, debe ir confirmada con un compromiso palpable de solidaridad y esfuerzo por los que más sufren. Así, la experiencia de cruz y de sufrimiento, debe ser transformada radicalmente por una viva experiencia de resurrección igualmente visible y real.

El evangelio de este domingo, es sin duda un fuerte llamado a contemplar con ojos nuevos, esos que la vivencia de cuaresma nos ha otorgado, la pasión del Señor Jesús, para descubrir en ella, el misterio del amor que Dios nos otorga en cada momento, sobre todo en los momentos más difíciles de nuestra vida. Es también llamado a solidarizarnos con aquellos que están a nuestro alrededor y están sufriendo cualquier tipo de tragedia humana, para que nos acerquemos a ellos y con el testimonio de nuestra fe y nuestras buenas obras, les llevemos la experiencia de la resurrección y del amor de Cristo. Es también un llamado a vivir intensamente la celebración de los misterios de la vida de Cristo durante los días santos, para que nuestra fe se vea renovada en el impulso de una vida siempre en continua conversión y amistad con Dios.

Pidámosle a Dios nuestro Padre, que nos ilumine con la gracia del Espíritu Santo, para que durante esta semana santa, podamos celebrar con un corazón atento y solidario, los misterios de nuestra salvación, que son los misterios de la vida de Cristo, y de esta manera podamos adentrarnos a la experiencia de una humanidad resucitada.

¡Alabado sea el nombre de Jesús!

Pbro. Eliezer Israel Sandoval Espinoza
Arquidiócesis de Monterrey, México
twitter: @padre_eliezer